

# PRÓLOGO

## UNA NOVELA DE CRISIS OBSESIVAS

Gib Mihăescu es una figura destacada de la literatura rumana en el periodo de entreguerras. Este escritor nació el 23 de abril de 1894 en Drăgășani y falleció el 19 de octubre de 1935 en Bucarest. Debutó en la revista *Lucefărul* en febrero de 1919 con el relato breve *Primera línea*, inspirado en los sucesos de la Primera Guerra Mundial, en la que participó como combatiente, al igual que otros escritores rumanos importantes de la época, como Camil Petrescu y Vasile Voiculescu. Desde que debutó, constatamos que el destino literario del escritor está totalmente unido al periodo comprendido entre las dos guerras mundiales. Es esta una época de máximo florecimiento cultural, cuando la novela rumana logra sincronizarse (tanto desde el punto de vista de la calidad como por las fórmulas narrativas utilizadas) con la gran literatura europea. Ello fue posible gracias a unos escritores excepcionales como Liviu Rebreanu, Camil Petrescu, Mircea Eliade, Hortensia Papadat-Bengescu, Mihail Sebastian, Anton Holban, Max Blecher, Mateiu Caragiale, Gib Mihăescu y otros. Aunque minado por la tuberculosis, enfermedad que acabó con él cuando solo contaba cuarenta y un años, Gib Mihăescu fue un prolífico escritor, dotado de una extraordinaria fuerza creativa. Aprovechando su educación

profundamente religiosa (su madre se crio en un monasterio de monjas), el autor se acercó a la revista tradicional *Gândirea* y figura entre los fundadores de esa conocida publicación. En solo unos pocos años, Mihăescu logró imponerse como uno de los escritores rumanos más destacados de su época. En primer lugar, publicó dos volúmenes de relatos breves, *En la Grandiflora* (1928) y *Visiones* (1929). Más tarde, como también ocurrió en el caso de otros escritores, a la prosa breve le siguieron proyectos literarios más amplios, para ser más exactos, la novela. Si bien fueron recibidas con reservas, las novelas son las que otorgan a Gib Mihăescu un merecido puesto en la historia de la literatura rumana. Se trata de obras como *El brazo de Andrómeda* (1930), *La rusa* (1933), *La mujer de chocolate* (1933), *Días y noches de un estudiante retrasado* (1934) y *Donna Alba* (1935). El escritor destacó por la calidad de sus investigaciones psicológicas, la apertura a lo fantástico y la forma insólita con que trató una serie de temas como el amor y el drama de la infidelidad conyugal, la guerra que mutila las almas, el fracaso social, el pecado, etc. En ocasiones, al igual que ocurre con Hortensia Papadat-Bengescu, el escritor insiste en describir obsesiones y casos patológicos. La obra cumbre de Gib Mihăescu es la novela *La rusa*. Por desgracia, durante los tiempos del totalitarismo, el libro estuvo prohibido casi medio siglo. Es la novela de una espera larga y vana, de un ideal nunca alcanzado, tema que puede compararse con *El desierto de los tártaros* (1940) de Dino Buzzati. Incluso el bovariano teniente Ragaiac tiene una serie de rasgos que anticipan a los personajes del escritor italiano.

La novela corta *La mujer de chocolate* se cuenta entre las creaciones más representativas de Gib Mihăescu. Inicialmente, la narración se publicó en las páginas de la revista *Gândirea* en 1925. Más tarde, el hilo épico de la novela se amplió con una serie de episodios nuevos y dio origen a la novela homónima, que vio la luz en 1933. El relato no apuesta por lo épico, sino por la investigación psicológica, pone de relieve las obsesiones vividas por un enamorado al que corroen los celos. No es casual que numerosas peripecias tengan carácter teatral, pues los acontecimientos suceden a lo largo del año 1924. Aunque el contenido épico del libro sea bastante escaso, Gib Mihăescu utiliza en su relato una serie de elementos sensacionales que consiguen mantener despierto el interés de los lectores. Al principio de la novela aparecen los principales protagonistas de los acontecimientos. Se trata del triángulo erótico formado por Lucian Negrișor, Eleonora y Modreanu. Los sucesos se narran desde la perspectiva de Negrișor, un conquistador frustrado, un donjuán fracasado. Auténtico antihéroe, un hombre sin cualidades al que nada le sale bien, está atormentado por los celos y tiembla ante la idea de que Modreanu le robe a su amada. Negrișor está enamorado sin esperanzas de la señorita Eleonora, encarnación de la mujer ideal. Paradójicamente, una cosa poco corriente contribuye a producir esos sentimientos: el color achocolatado de la piel de la muchacha, al que se le asocia también un sabor tentador. Ella es *la mujer de chocolate* que se menciona en el título. No es casual que su ídolo femenino también sea motejado como Cleopatra. El chocolate es la encarnación de

la tentación, la promesa suprema. En consecuencia, Negrișor mira a su amada con avidez, tal como mira un niño un pastel. Es una *dulce fantasía de confitería*, pero una fantasía con alma. La falta de personalidad del personaje ya la sugiere su propio apellido, un diminutivo de la palabra «negro», uno de los colores de la muerte. Por otra parte, el eros y el thanatos coexisten a lo largo de todo el relato. Al no ser una persona de acción, Lucian Negrișor se enfrenta a la mediocridad cotidiana refugiándose en el mundo de la imaginación. De ahí el giro fantástico que, a veces, recibe la narración. La novela describe detalladamente las convulsiones del hombre enamorado y que se siente amenazado por la presencia de su rival. Ante los fracasos en el plano de lo real, él se refugia en la esfera de lo imaginario. Rememora su existencia, que le parece una larga ristra de fracasos.

Sintiéndose marginado, el personaje trata de impresionar a su amada haciéndole ver que está dispuesto a morir por ella tirándose por la ventana. Pero no es más que un sacrificio inútil que nadie le pide.

*La mujer de chocolate* es la historia de un antihéroe incomprendido en el mundo en el que vive.

*Gheorghe Glodeanu<sup>1</sup>*

---

1 Profesor de la universidad rumana de Baia Mare. Traducción de Joaquín Garrigós. N. del T.

Ese estremecedor precipicio tenía para Negrişor algo magnético. Siempre que visitaba a la señorita Eleonora, sentía una extraña necesidad de acercarse a la ventana y de suspender la parte superior del cuerpo en el vacío. Entonces, un diablillo se ponía a hacerle cosquillas en las plantas de los pies y eso le hacía dar saltitos con uno o con otro. A veces, se apoyaba solamente sobre un dedo del pie y dejaba caer los brazos a lo largo del muro, como si fuera a tirarse a nadar.

Tan solo la señorita Eleonora podía apartarlo de la ventana. Lo encontraba con medio cuerpo apoyado en el alféizar y lo metía adentro. Desde hacía un tiempo, le reñía cuando lo veía dirigirse a la ventana y él se contentaba con lanzar una mirada furtiva al vacío que ahora no tenía ya posibilidad de husmear hasta el fondo. Y eso enfadaba a la señorita Eleonora.

—¡Pero deje en paz esa ventana de una vez, hombre! ¡Se va a romper la crisma contra el suelo!

Y él sonreía con afectada modestia y la prevenía lleno de seguridad:

—Yo solamente me caigo al vacío si quiero.

Y cuando la señorita Eleonora tenía invitados, le decía a Negrişor que se alejase de la ventana, salvo que entre aquellos estuviese Modreanu.